

LA DIRECTIVA DEL
C. DE F. GUIXOLS AGRA-
DECE PUBLICAMENTE
LA COOPERACION
GUIXOLENSE

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

4 DE OCTUBRE DE 1951

Sintonia 

Superadas las dificultades naturales a todo principio de actuación, con el torneo en marcha, y habiendo logrado reunir un equipo del que esperamos una buena actuación, cree la Directiva del C. de F. GUIXOLS tener el deber de hacer publico manifiesto de gratitud a todos cuantos, a medida de sus posibilidades han contribuido para poder reunir la cantidad necesaria al logro de este equipo, ya sea suscribiendo una cuota mensual importante, o colaborando a la subscripción popular pro-fichaje que, con tanto éxito, han realizado dos buenos aficionados, de todos conocidos, y a los que cabe agradecer doblemente su interés.

Confiamos en que tanto los socios, cuyo número sería necesario aumentarse, como toda la afición, continuarán dándonos su apoyo para lograr y conservar un mayor prestigio a nuestro C. de F. GUIXOLS.

MI DISTINGUIDA CONCEPCION

La señorita Concepción preguntaba el otro día el motivo por el cual el Director de esta publicación disfrutaba de tan largas vacaciones, a juzgar al menos por los días, casi incontables, en que su nombre no aparecía en la rúbrica de ningún escrito.

Dicha carta, escrita al dictado de una curiosidad muy femenina, llegó a mis manos casualmente en el mismo día y que para una misma edición, se entregaban a la imprenta tres notas mías, aunque claro está, bajo tres nombres supuestos. Con lo que una vez más quedó demostrado que nunca podrá sentirse seguro el que,

¿DÍAS?

desoyendo las voces infalibles de nuestro refranero, vuelva a la tentación de equivocarse al fiar de las engañosas apariencias.

Como Director de este periódico y con perdón de mis queridos compañeros que igualmente tanto saben de lo suyo, puedo yo asegurar a mi distinguida comunicante que eso de verse retratado en una misma edición ocupando el lugar de tres personas distintas, como un cuerpo condenado a pasear con tres cabezas, es una de tantas ironías, o quizás mejor uno de tantos equilibrios que nos vemos forzados a realizar en la llamada prensa comarcal los que ejercemos el periodismo con el entusiasmo de una vocación mezclada en la propia sangre, vocación que tiene mucho de quijote al considerar que nunca vocaciones de esta clase merecieron el menor puesto en la casilla de ninguna nómina.

Así que, mi distinguida señorita, esa acción de vocear nuestras cosas cada semana, aireando lo bueno que de vez en cuando se realiza y censurando las fealdades y desidias que seguimos cometiendo, es tarea que, por lo que tiene de meritoria, bien vale por lo menos de vez en cuando una carta tan simpática como la que usted nos dedica.

Admitiendo no obstante la posibilidad de que la misma fuera escrita con algo de aquel ritintin que a veces nosotros mismos usamos en intento de perforar algo más hondo, tampoco puedo en este caso dejar de complacerla, ya que nuestra posición —y por sí las restricciones— reviste la claridad de un juego que, por limpio, ve-

nimos noble y deportivamente practicando a plena luz del día cosa que, como sabe usted, no todo el mundo puede así escribirlo.

Nuestro pecado venial de disfrazarnos bajo seudónimo, responde en primer lugar al horror que sentimos hacia todas las tendencias exhibicionistas, ya que por lo mismo que ANCORA no aspira a convertirse en Casa de Modas, nunca mi dirección tolerará en estas páginas el menor desfile de modelos. Y ahí tiene usted la principal razón por la que sea yo el primer obligado a predicar con el ejemplo.

Ahora bien. Piense usted, que precisamente y por el mero hecho de disfrazarnos de seudónimo, aborrecemos sinceramente la idea de organizar un carnaval. Todos los carnavales de este mundo, empezando por los nuestros más pequeños, han sido, son y serán siempre organizados por personas que aborrecen el seudónimo.

Y es que la ilusión de que salga a relucir el nombre propio y personal, no se cumple en cierta clase de personas si no es organizando tempestades en algún vaso de agua, diciendo o colaborando en lo que sea, aunque la cosa sea nada.

Por lo demás, bien sabe V. señorita Concepción, que en los casos necesarios en los que en cualquier forma se dirime una cuestión de importancia, nunca hemos dejado de rubricar con el nombre entero los escritos que la cuestión nos exige.

Así que, sin más por hoy, ya que cuanto podría añadirle en corolario no me estorba todavía en el archivo, le ruego que entre sus muchas bondades quiera aceptar el testimonio de respeto y amistad que desde estas páginas le ofrece su

DIRECTOR

En la ciudad de equis, el gamberrismo acaba de recibir una muy seria y estu-penda lección, una solemne y ejemplar reprimenda.

De los árboles plantados a todo lo largo de una calle, al cubo de poco tiempo ya no quedaba ninguno. La plaga del gamberrismo había descargado su furor y los árboles desaparecieron uno a uno bajo las garras de esos nuevos energúmenos.

Al año siguiente - año presente -, volvió la calle a ser repoblada. Al poco tiempo, la misma u otra mano intentó repetir la hazaña abatiendo el primer árbol. Seguidamente cayó el segundo y más tarde el tercero. Pero como sea que en este mundo incluso la maldad tiene su fin, llegó la hora de abatir el cuarto, cayendo el árbol en la calle y el mochuelo en la trampa.

La justicia en este caso ha sido de una tal ejemplaridad, que la prensa está obligada a propagarla como nosotros modestamente intentamos servirla al redactar la presente sintonia.

Aun admitiendo la posibilidad de que los cuatro atentados lo hayan sido por distinta mano, el encartado se verá obligado a cumplir la siguiente sentencia:

1.º A costear la adquisición de las nuevas plantas.

2.º A plantarlas personalmente, sin el concurso de nadie y en una de las horas del día en que sea mayor el tránsito por dicha calle.

3.º A regarlas personalmente durante el plazo de dos años y en los días y horas que un técnico le señale.

No dudamos ni un momento que la ciudad de equis ha dado el primer paso serio para acabar con el gamberrismo.

POL



SOMOS

Hay muchos tópicos para definir la Vida; hay muchos más para definir cada vida.

¿Qué es la humanidad? ¿Qué somos, en general, cada individuo? ¿Qué cada uno en particular?

¿Amasijo de carne, espiritualidad consciente?

¿Alma y cuerpo corren destinos opuestos?

¿Son, en realidad, dos entidades?

Si nuestro católico «Credo» no hiciese mención de la promesa de la Resurrección de la carne, uno podría creer en la necesidad de la destrucción del cuerpo para la vida del alma. Y si decimos destrucción, muerte, para liberar el alma, podríamos decir austeridad, sometimiento, en el camino de perfección antes de traspasar el umbral del más allá.

Penitentes, Santos, ascetas, han aherrojado, torturado, su cuerpo para la salud del alma. En estos, la línea divisoria, entre uno y otra, forzosamente, tenía que ser clara y delimitada.

Pero, ¿es normal sentir esa escisión dentro de uno?

Alma y cuerpo o alma-cuerpo, unidad. Hombre?

¿Es nuestro cerebro o el corazón, campo de batalla de una lucha entre estas dos entidades?

¿Es posible que sea el cuerpo mero soporte, neutro y neutral, de un alma buena o mala?

¿Será el alma siempre flor pura, ahogada y constreñida por el barro traicionero?

¿Redimidos, bautizados, resurrectos, será el cuerpo otro del día de la Creación?

¿Qué caminos de purificación atravesará el cuerpo hasta el día del Juicio Final o será el alma la penitente, la sufrida? Y si es así, ¿para qué el castigo del fuego?

Somos una pregunta en el Cosmos y en la individualidad de cada Yo, un anhelo.

Si la pregunta es una constante en nosotros, quizás no lo sea la clase de aspiración. Aunque probablemente, todos aspiramos a la consecución de nuestro ideal.

No creo en la gente carente de ideales; también puede ser un ideal el perseguir la no-preocupación, el ocio, también, el cebar la propia vanidad o la soberbia o el rastrear en uno cualquiera de los siete pecados capitales. Que, al fin y al cabo, ideal como sustantivo es simplemente, el símbolo abstracto del más denso sentir.

Y aunque bajo este nombre nos es sugerida una ambición santa y abnegada, no son ideales, todos los ideales.

Así, cada uno en pos de él—bueno o malo,—llevando su propia imagen a cuestas, su N. y su fe, vamos pisando dolorosamente vacilantes el punteado camino de nuestras órbitas, ansiando llegar y girando.

Dichoso aquel de meta sublime, dichoso aquel que mira a lo alto!

Su anhelo hace obvia una pregunta.

L. d'Andraitx

CARTAS AL DIRECTOR

Sr. Director de ANCORA.

En el número correspondiente al mes de Septiembre de la publicación guixolense «Símbolo», y en un artículo dedicado al abad Fray Bernardo de Torrella, tratando del viaje que hizo a Italia, o mejor de su regreso por vía marítima, en que fué sorprendido por una terrible tempestad, dice: «El Abad en trance tan apurado, invocó la intersección de San Telmo, y prometió edificar una capilla en su honor si salía con vida del temporal. En 1452, cumplió esta promesa, edificando la ermita a la cumbre de la vieja montaña del Castellar, en el sitio donde aun existe».

Tratándose de un trabajo tan bien do-

cumentado, y escrito por persona muy versada al parecer en asuntos históricos, es por eso que nos extraña la cosa, y nos preguntamos si será cuestión de renovar la vieja polémica sostenida hace ya algunos años respecto a si la referida ermita, y el nombre de la montaña debían ser San Telmo o San Elmo.

¿Con razones breves y datos categóricos y definitivos, no podría contestarse o aclararse esa duda, que ahora renace, sin necesidad de enojosas discusiones, ni de gastar tanta tinta y papel como se gastaron antaño para esta cuestión en que todavía muchos guixolenses tienen sus dudas y no saben a que atenerse?—Elmo Romuza.